

***La Alhóndiga de Arévalo,
Asociación de Cultura y Patrimonio***

***Cuadernillos de Cultura y Patrimonio
Número 6 - Junio de 2010***



RELATOS DEL CAMINO DE SANTIAGO

2010 Año Jacobeo

A modo de introducción.

El Camino de Levante, con origen en Valencia, entra en Castilla y León por el sureste de Ávila y recorre más de 380 kilómetros por la Comunidad antes de alcanzar la frontera con Galicia. La senda levantina tiene una longitud de 1.138 kilómetros desde el Mediterráneo a Compostela y atraviesa cinco regiones: Comunidad Valenciana, Castilla-La Mancha, Madrid (sólo 15 kilómetros), Castilla y León y Galicia. Se extiende por las provincias de Ávila, Valladolid y Zamora con un recorrido de 383,7 kilómetros, lo que supone una distancia aproximada a la de otras grandes rutas, como el Camino Francés (400 kilómetros) o la Vía de la Plata (cerca de 300 kilómetros), a su paso por tierras castellanas y leonesas. Con el tiempo se ha logrado la implicación de muchos municipios para la conservación y promoción del Camino de Levante. En cuanto a los propios municipios por los que atraviesa el trazado de la ruta valenciana, admiten que la demanda de alojamientos e infraestructuras todavía es escasa, lo que repercute en la carencia de infraestructuras, como en Toro, Arévalo o Medina del Campo.

Las huellas de Isabel la Católica

Antes de unirse en Zamora a la Vía de la Plata y continuar hacia Compostela por la variante sanabresa, el Camino de Levante recorre cerca de 200 kilómetros en tierras castellano-leonesas desde su entrada a la región, tras abandonar el municipio madrileño de San Martín de Valdeiglesias, por el sur de la provincia de Ávila.

En este punto, tras desviarse tan solo un par de kilómetros del trazado oficial, el peregrino experimenta el primer contacto con la historia de la región en torno a los populares Toros de Guisando, cuatro esculturas de piedra que son manifestaciones artísticas del pueblo ganadero de los vetones, para pedir fertilidad y protección para el ganado.

Este enclave protagonizó el Pacto de los Toros de Guisando en 1468, por el que Enrique IV reconoció a su hermanastra Isabel la Católica como heredera al trono. El Camino de Levante recorre asimismo otros lugares de la vida de la Reina de Castilla, tales como Arévalo, donde pasó parte de su infancia al trasladarse desde el municipio abulense desde Madrigal de las Altas Torres, su localidad natal, tras la muerte de su padre en 1454.

Arte y patrimonio

La importancia del arte y el patrimonio monumental que adorna el itinerario trazado desde Valencia a Santiago es una baza esencial para la promoción de la ruta, que atraviesa una ciudad Patrimonio de la Humanidad (Ávila) y cinco municipios declarados Conjunto Histórico Artístico (Arévalo, Medina del Campo, Toro, Zamora y Puebla de Sanabria, todos ellos coronados por sendas fortalezas medievales), además de infinidad de monumentos y bienes de interés cultural, que incrementan el atractivo de la senda peregrina.

.....oooOooo.....

La Alhóndiga de Arévalo, asociación de cultura y patrimonio ha pedido ayuda a distintas personas y entidades amantes del Camino de Santiago, para hacer esta pequeña recopilación de relatos sobre el Camino que creemos que será del gusto de todos. Reivindicamos, con esta recopilación, el que Arévalo, por ser final de etapa del Camino de Levante, pueda tener en breve su propio albergue de peregrinos, más teniendo en cuenta la gran cantidad de ellos que pasan a diario por estas tierras.

A ellos, a todos, ¡Buen Camino!

Arévalo, junio de 2010

UN PALOMAR EN EL CAMINO

La tarde es polvo de ceniza y sol de plomo; la tierra, una ancha playa sin océano; no hay ramaje clemente que arroje una sombra protectora; todo el paisaje es una palma implorante a unas nubes desdeñosas. El peregrino ha remontado un cárdeno alcor y contempla la ascética llanura. En la raya misma del horizonte se aprietan unas humildes casas de adobe y de ladrillo, aplastadas por un cielo de insondables azules. El caminante- mochila a la espalda, cayado y sombrero con la vieira de Santiago- seca el río de su frente y sonríe satisfecho, barruntando el final de la jornada.

Paso a paso, sobre el aprisco de casitas pardas ve erigirse el perfil de una iglesia sobre un montículo pedregoso. A la distancia parece un gigantesco caracol con cuernos de espadaña y una cruz por veleta, y no duda en dirigirse hacia ella, seguro de encontrar allí quien le dé señas del albergue para peregrinos.

Bajo el pórtico del templo encuentra a un hombre y a una mujer, sentados como figuras románicas en el canto de piedra. Él tiene el porte de un viejo hidalgo y ella exhibe una frágil belleza alabastrina de mirada lánguida. Salta a la vista que el hombre la dobla en edad. Pero lo que más curiosidad despierta al peregrino son sus anticuados ropajes, negros y aterciopelados, como de una añeja estampa de museo.

-Díganme, sin son tan amables -pregunta el viajero, tomando asiento a los pies del viejo calvario berroqueño-: ¿es éste el pueblo de Gotarrendura?

-Gotarrendura es, sí señor -responde el hombre vestido de negro-. El pueblo de La Santa.

La voz del aldeano suena con rústica melodía y un vago eco de otros tiempos. Por su parte, la mujer cierra el santoral de pastas desgastadas que estaba hojeando y escruta el aspecto cansado del caminante:

-Trae usted pinta de venir de lejos...-apunta la mujer.

Nada menos que desde Cartagena -contesta el peregrino. Tras muchas horas de soledad siente deseos de hablar, y vierte su más sentida confianza-: Estoy cumpliendo la promesa que le hice a mi esposa de hacer con ella el Camino de Santiago.

La mujer pone cara de extrañeza:

-¿Y cómo no viene con usted?

-Sí que viene -contesta con pesadumbre el peregrino, y a continuación extrae una urna cilíndrica de su macuto-. Aquí traigo sus cenizas. Un cáncer se adelantó a sus deseos de hacer el Camino de Santiago...Pero yo, que nunca le negué ningún deseo en vida, cumpliré su voluntad aún después de muerta.

El peregrino sigue contándoles que se llama Diego Mejía, que se gana la vida de profesor y que su esposa era lo que más quería en este mundo.

Los lugareños se agarran de la mano, conmovidos, al observar cómo al profesor se le desborda una sentida lágrima por la mejilla.

Mi nombre es Alonso; y el de mi mujer, Beatriz -dice el lugareño, correspondiendo a la presentación del peregrino-,



y vivimos entregados a esta tierra desde hace muchos, muchos años. Cada cosecha es un triunfo del trabajo y el sudor sobre una tierra que no es suave ni fácil, ¿sabe usted?

-Si no le he oído mal –interviene el peregrino-, ¿ha dicho que en este pueblo nació “La Santa “?

-Sí, ¿no lo sabe usted? En Gotarrendura nació Santa Teresa y aún se conserva el palomar de su casa natal. La tradición cuenta que las columnas del pórtico y las piedras de esta iglesia proceden de las dos moradas que componían aquella propiedad.

El peregrino, al oír aquello, siente un hondo estremecimiento.

-¿Saben ustedes?... mi mujer se llamaba Teresa...

El recuerdo de la fallecida se instala entre los contertulios, y todos permanecen sumidos en un silencio acongojado. Una brisa suave pasa rozándoles como la caricia de un ángel.

El caminante de Santiago alza sus ojos arrasados en lágrimas y mira con ternura el sencillo perfil de aquel pueblo meseteño. Ciertamente, ninguna cuna mejor, por austera y humilde, para la Reformadora de los Descalzos. ¡Cómo le hubiera gustado a su mujer conocerlo!

-Ustedes afirman que aquí nació Santa Teresa, y sin embargo, yo tengo entendido que nació en Ávila- comenta el peregrino haciendo cuenta de lo que tiene leído.

-En Gotarrendura nació, señor peregrino -asegura rotundamente el aldeano-: Pero en esto, como en todo, importa más quien se lleva la razón que quien la tiene.

-Cuénteme algo más de su pueblo...

El hidalgo toma aire con manifiesta satisfacción antes de proseguir:

-Como ve, es un pueblo pequeño, de apenas doscientos habitantes, pero muy emprendedor, no se crea usted. Nuestro mayor orgullo es ser la cuna de Santa Teresa. En lo que llamamos la “cerca del Palacio” -enfatisa el hidalgo- estuvo la hacienda de los padres de Santa Teresa, que aquí se casaron; aquí nacieron sus hermanos y aquí también murió la madre de la Santa, que tenía un elevado patrimonio en esta aldea. A la familia le gustaba pasar en Gotarrendura las temporadas de invierno, huyendo del frío intenso de Ávila. Seguro que de niña, Santa Teresa correteó saltando charcos por estas calles embarradas y a menudo cubiertas de nieve... La Santa heredó el palomar junto con la finca por expreso deseo de su madre, y era tanta su afición por él, que llamaba a sus conventos “palomarcicos” y a sus monjas “palomas”. Nunca se olvidaba de él en sus cartas, y a veces pedía al rentero que le enviara algunos palominos para aliviar el hambre de sus hermanas carmelitas.

Al peregrino le produce ternura el modo entusiasta con que el aldeano se emplea en hacer patria chica, y, embebido en su conversación, olvida que ya es muy tarde. La noche extiende su manto sobre los pardos tejados cuando Diego les hace saber a Alonso y a su mujer que debe buscar alojamiento en el albergue.

-¿No quiere visitar antes el Palomar de Santa Teresa?- pregunta animosa la mujer.

El peregrino, contra toda razón, responde decidido:

-¡Me encantaría;

Alonso y Beatriz acompañan al caminante por las solitarias calles en cuesta hasta dar con unas puertas carreteras de color verde. Sorprendentemente se hallan entornadas y pueden acceder a un amplio solar cercado por tapias de adobe. Bajo la sombra severa de unos vetustos cipreses, la estatua de Santa Teresa mira al cielo con éxtasis. A Diego le maravilla el parecido que la talla tiene con su difunta mujer. Luego recorren un caminillo de arena despejada hasta la tapia encalada del palomar. Al peregrino le conmueve el interior de adobe, repleto de pequeños nichos, donde la oscuridad se adensa de silencio. El tiempo parece detenido como en un santuario. Y en medio de aquella atmósfera serena Diego tiene un presentimiento.

-Sí, mi amor -murmura quedamente como si pronunciara una plegaria-, aquí descansarás para siempre.

Simultáneamente, saca la urna de la mochila y comienza a esparcir las cenizas de su esposa, puñado a puñado, entre los nidales semicirculares de las palomas.

Cuando concluye de esparcir el último puñado, el peregrino siente que, desde un más allá inalcanzable, su Teresa le sonríe. Se sabe cumplidor de la voluntad de su querida esposa y le invade por ello una intensa sensación de felicidad. Quiere compartir este sentimiento con sus amigos Alonso y Beatriz, y les busca con la mirada, pero no les encuentra. Supone que han querido dejarle a solas en un momento tan íntimo y sagrado para él.

Sin embargo, tampoco les halla al pisar la calle. Es muy extraño. Se asoma al recodo de la esquina y no los ve; luego vuelve sobre sus pasos y los busca camino de las afueras. Tampoco allí encuentra rastro de la singular pareja.

La noche llena el pueblo de sombras, combatidas aquí y allá por el tenue alumbrado de unos postes. Ni un alma se ve ni se escucha otro murmullo que el de algún ladrido en las eras lejanas. De pronto, el peregrino ve a una sombra que





cruza la empinada calle, y se encamina hacia ella. Es un hombre mayor que acarrea encorvado una bicicleta destartalada.

-¿Puede decirme dónde se encuentra el albergue de peregrinos?- le pregunta.

-Se utiliza como albergue el Ayuntamiento – responde el viejo-, que está ahí mismo, en la plaza. El alguacil le dará la llave.

El hombre de la bicicleta se dispone a proseguir su camino cuando la voz del peregrino le detiene de nuevo:

-Quisiera preguntarle otra cosa, si no tiene inconveniente.

-Usted dirá.

-¿Dónde podría encontrar a un matrimonio del pueblo que se llaman Alonso y Beatriz?

-¿Alonso y Beatriz? –repite el anciano rascán-

dose la nuca- En este pueblo no hay nadie que se llame así.

-¿Está seguro?

-¡Y tanto! En el pueblo nos conocemos todos.

El peregrino le da las gracias y echa a andar cabizbajo, camino del albergue. Su cabeza hierve de pensamientos confusos. De Pronto, oye a su espalda de nuevo la voz recia del aldeano:

-... A no ser que se refiera usted a don Alonso de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada.

-No comprendo...

-Ya sabe –dice el de la bicicleta con un amago de sonrisa taimada-... Los padres de la Santa. Por cierto, que hoy hace quinientos años justos que se celebraron sus bodas en este pueblo.

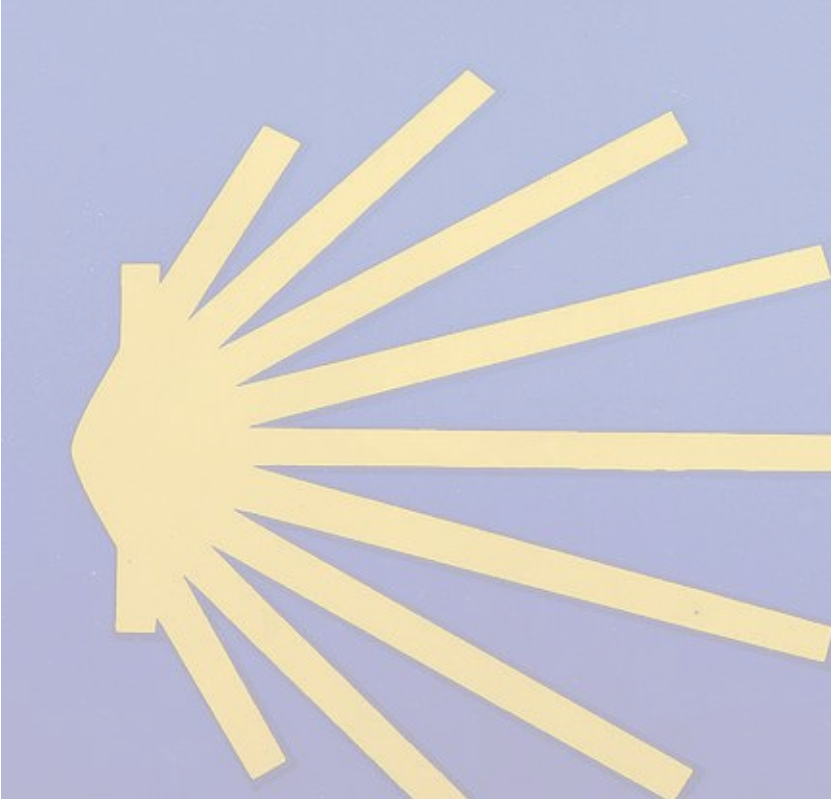
El peregrino siente un estremecimiento. Sus piernas se debilitan y busca asiento en el brocal de una fuente cercana desde donde una escultura de la Santa Andariega se perfila bajo el inabarcable cielo estrellado. No comprende nada..., o acaso empieza a comprenderlo todo. Cierra los ojos y, en medio de la oscuridad interior, ve surgir un resplandor que ilumina su alma de algo parecido a una revelación.

Cuando al día siguiente reemprende el camino, vuelve la vista atrás, hacia aquel humilde caserío y a sus labios acuden unas palabras con susurro de oración:

-Gotarrendura... Teresa...

María Luz GONZÁLEZ CANALES





LA LUZ

Estrella no sabía qué estaba haciendo allí. A su alrededor todos dormían, pero ella no podía conciliar el sueño. Y no era por los ronquidos de los peregrinos que tenía en las literas de alrededor. No podía dormir porque durante toda la penosa jornada de ese día, una pregunta había resonado una y otra vez en su cabeza: “¿Qué haces aquí?”

Aunque ya llevaba tres semanas andando por el Camino de Santiago, aún no sabía la razón que le había llevado a recorrer aquella ruta milenaria, y algo en su interior le exigía una respuesta a su pregunta. Removiéndose en su saco, recapituló sobre los motivos que la habían llevado a emprender aquella peregrinación.

Ella nunca se había planteado recorrer el Camino de Santiago pero, en los últimos meses, todo le hablaba de la ruta de las estrellas. Si ponía la televisión, un anuncio le recordaba que ese año se celebraba el Xacobeo, o bien emitían un reportaje sobre los miles de peregrinos, de todo el mundo, que llegaban hasta Compostela.

Si viajaba por carretera, unos enormes paneles publicitarios le anunciaban la histórica ruta. En las librerías, numerosas guías del Camino parecían llamarla desde los expositores. Eso sin contar con las conchas que veía por todas partes, o la necesidad que experimentaba cada noche de elevar la mirada hacia el cielo estrellado, para distinguir el Camino celeste de la vía láctea, extendiéndose en el infinito.

Empezó a sentir en su interior que el Camino de Santiago la llamaba y, poco a poco, la posibilidad de emprender esa ruta milenaria fue tomando cuerpo en su cabeza. Primero como una remota idea. Después, como una absoluta certeza.

“De acuerdo –se dijo un día para sus adentros– no sé por qué, pero está claro que tengo que hacer el Camino de Santiago”.

Los potentes ronquidos de un peregrino alemán atronaban las paredes del albergue. Algunos compañeros de habitación se removían en sus camas, y los muelles de las literas chirriaban en una especie de acompañamiento musical al sonido gutural de los rugidos. Estrella seguía sin poder dormir, y continuó repasando los motivos que la habían empujado a recorrer el Camino de Santiago.

Recordó el día en que, sorprendida de su firme resolución y, sin dudarle más, fijó una fecha para comenzar la peregrinación y empezó con los preparativos del viaje. No fue fácil encontrar a alguien que pudiera hacer su trabajo, y disponer de un mes para recorrer a pie el Camino desde Roncesvalles a Santiago.

Sus amistades le decían que no tenía por qué hacer el Camino completo, que podía elegir un tramo más corto. Los últimos 100 kilómetros, como hacían muchas personas para obtener la Compostela, o dejarlo a medio para continuar en otra ocasión. Pero Estrella no contemplaba esa posibilidad y a todo el mundo respondía: “Si lo hago, quiero hacerlo entero. Quiero andar los casi 800 kilómetros que separan Roncesvalles de Santiago. Para menos no me pongo”.

Ella no había hecho en su vida nada parecido. Su trabajo y su familia la absorbían por completo, y dejar su casa y su empresa durante tantos días, fuera del periodo vacacional veraniego, era algo muy complicado. Pero estaba decidida. Sus hijos eran ya mayores, podían valerse por sí mismos. En cuanto al trabajo, pensó: “Nadie es imprescindible. Somos nosotros los que nos creemos necesarios. Que se apañen sin mí”.

Un mes antes de la fecha elegida para iniciar el viaje, Estrella dedicaba una hora diaria a andar por su ciudad, para



entrenarse y para “domar” las botas que se había comprado. Luego, ya en el Camino, se daría cuenta de que su entrenamiento –siempre por terreno llano- era a todas luces insuficiente para acometer la dureza de algunos tramos por los que transitaba la ruta.

Además de entrenarse físicamente, Estrella compró la mochila, el saco, y una guía del Camino que le ofrecía información pormenorizada sobre las distintas etapas. También empezó a leer todo lo que caía en sus manos sobre la peregrinación a Santiago, despertando con ello sus ansias de emprender cuanto antes el Camino.

Conoció a un joven que lo había recorrido a pie varias veces. Y ahora, acostada en la parte de arriba de la litera, Estrella recordó las palabras que éste le había dicho:

“El Camino no se hace con las piernas, sino con la cabeza. Si piensas que puedes terminarlo, podrás. Además –añadió- estoy seguro de que tú llegarás a Santiago porque tienes pinta de hippie”. Recordando esta frase, Estrella sonrió. A sus 45 años no tenía muy claro si “tener pinta de hippie” era un pipopo o una conclusión preocupante.

El insomnio proseguía. Estrella sacó una pequeña linterna del bolsillo interior del saco, y miró el reloj que llevaba puesto en la muñeca izquierda. Eran las dos y veinte de la madrugada. El tiempo seguía pasando y ella, no sólo continuaba sin poder dormir, sino que cada vez se encontraba más despejada.

Alumbrándose con la linterna, y procurando hacer el menor ruido posible, abrió la cremallera de su saco rojo y negro, y bajando por los barrotes de la parte trasera de la litera, llegó al suelo. Notó el frío en sus pies desnudos y, de puntillas, salió de la habitación, sorteando botas y mochilas, para llegar hasta el servicio. Allí vació su vejiga y, con el mismo sigilo, volvió a la cama.

Cuando terminó de acomodarse nuevamente en el saco, le vino a la memoria la mala noche que pasó en otro albergue, cuando llevaba sólo seis días de Camino. Desanimada, con fiebre y un intenso dolor por todo el cuerpo, no tuvo fuerzas suficientes para bajar de la litera –siempre le tocaba arriba- y llegar hasta el servicio.

Tampoco aquella noche pudo dormir y cuando inició el Camino al día siguiente, estuvo a punto de arrojar la toalla y volverse a casa. Sin embargo, conforme iba andando, el dolor y la fiebre cedieron y su ánimo, aunque había conocido días mejores, fue acomodándose al ritmo de los pasos y, poco a poco, abandonó las tierras sombrías para tornarse algo más luminoso.

Ese día fue cuando Estrella descubrió que el Camino se parece mucho a la vida. Que hay momentos buenos y malos, tristes y alegres, gozosos y dolorosos, pero que si estamos aquí es para continuar andando y no permitir que nada nos paralice.

Recordando ahora esos momentos, tan cercanos y tan lejanos a la vez -porque en el Camino el tiempo vivido tiene una dimensión distinta al de nuestra existencia cotidiana- Estrella se dio cuenta de que fue después de esa primera semana cuando estuvo más abierta y receptiva a todo lo que el Camino le decía.

Y desde entonces -ahora lo veía- fueron muchas las ocasiones en las que percibió el paralelismo entre Vida y Camino. Comprendió el sentido que tenía la mochila en la peregrinación. Esa mochila que al principio le destrozaba la espalda y cuyas correas se le clavaban en los hombros, debido al excesivo peso que cargaba.

Para aliviar ese peso, Estrella tuvo que ir abandonando en los albergues cosas que había llevado “por si acaso”, y que en realidad eran innecesarias. Y esa noche, acurrucada en su saco, fue consciente de que también en la vida cotidiana es imprescindible aligerar tu equipaje. De pensamientos, personas, circunstancias y aspectos de tu pasado que te pesan y te impiden avanzar en tu camino. Supo que hay que llevar sólo lo necesario y prescindir de lo superfluo.

El Camino también le había enseñado, a través del contacto diario con la naturaleza, que vivimos en un mundo de opuestos. Día y noche, frío y calor, luz y oscuridad, y que esos ritmos y ciclos naturales también existen en nuestro interior, formando parte de nuestra esencia como seres humanos.



Pero la lección más importante que le había proporcionado el Camino de Santiago era la de la aceptación. Estrella se había dado cuenta de que caminando por la ruta de las estrellas, el peregrino acepta, con total estoicismo, todo lo que le depara el día, y se amolda sin protestar a cualquier circunstancia.

Pensó que allí, en el Camino, se esta más predisposto que en la vida cotidiana a aceptar las cosas que no se pueden cambiar. “Si llueve te mojas y no te enfadas con la lluvia –dijo para sus adentros- si hace sol aguantas el calor. Si al llegar al albergue hay agua caliente te duchas con ella,

y si no con agua fría. Si no quedan literas duermes en el suelo. No intentas modificar lo que no tiene remedio, no te creas problemas ficticios”.

Con una repentina lucidez, Estrella, acompañada por el sonido monótono de los ronquidos de varios peregrinos, empezó a darse cuenta de que, después de tres semanas de ruta, ya no era ella la que andaba el Camino de Santiago, sino que era el Camino el que la había poseído y transitaba a través de ella, empezando a descubrirle sus secretos.

Con esta íntima satisfacción instalada en su mente, se relajó y, finalmente, cayó en un profundo sueño.

Los susurros de otros peregrinos y un ruido de cremalleras y bolsas de plástico la despertaron. Los primeros rayos de sol empezaban a colarse por las ventanas del refugio, y provocaron que Estrella saltase de la cama precipitadamente. Una de las cosas que más le gustaban del Camino era salir al amanecer, ver cómo el sol ascendía a sus espaldas, escuchar el canto de los pájaros, y respirar el aire fresco de la mañana.

Mientras guardaba todo en la mochila se dio cuenta de que ese día se había levantado de muy buen humor. Las escasas horas que había dormido aquella noche le proporcionaron un profundo descanso. Pero sobre todo, lo que más alegraba su ánimo eran las conclusiones a las que había llegado durante la madrugada.

Por eso, cuando abandonó el refugio e inició la marcha, el corazón latía rítmicamente en su pecho, mientras en su cabeza rondaba un pensamiento de esperanza: “Quizás el Camino me diga hoy qué es lo que estoy haciendo aquí”.

“¡Buen Camino!” se decían unos a otros cuando coincidían a lo largo de la jornada. Después de varias horas caminando, Estrella seguía reflexionando sobre los motivos de la peregrinación, y deseó de corazón que todos los peregrinos encontrasen lo que habían ido a buscar al Camino de Santiago. Sin embargo, una sombra de duda empezaba a empañar su alma.

- Y yo, ¿lo encontraré? –dijo en voz alta.

Continuó andando y al rato, se respondió de viva voz:

- ¡Cómo voy a encontrarlo si ni siquiera sé lo que estoy buscando!

La ruta que había previsto para ese día no tenía excesiva dificultad. Después de tres semanas, sus pies se habían habituado a recorrer kilómetros y su espalda se curvaba flexiblemente para acoger a la mochila, como si ésta ya formara parte de su anatomía. Aún así, los ocho kilómetros de subida hasta el monte O Cebreiro, le estaban resultando más duros de lo que se imaginaba.

Su intención era la de pasar este emblemático lugar, situado a las puertas de Galicia, y continuar camino hasta el albergue siguiente. Pero cuando llegó hasta arriba, algo llamó su atención. En una especie de panel, se hablaba de un milagro que se había producido hacia el año 1.300, cuando un pastor, en plena tempestad, subió hasta allí para escuchar misa. El sacerdote le recriminó su esfuerzo, y en ese momento la sagrada hostia se convirtió en carne y el vino en sangre, conservándose allí el grial del milagro.

Estrella ya había leído sobre esta leyenda en la guía del Camino que llevaba, sin embargo, algo en su interior la obligó a detenerse. Sin saber muy bien hacia dónde iba, pero con gran decisión, llegó hasta una ermita. Las puertas estaban cerradas pero ella, con curiosidad, se asomó por una grieta que había en la madera.

La iglesia estaba a oscuras pero la luz del sol se filtraba por unas ventanas situadas en el muro detrás del altar, donde se encontraba la imagen de Cristo crucificado. La magia de aquellos rayos de luz, formando un triángulo y concentrándose en el centro de la ermita, sobrecogieron el ánimo de Estrella.

Fue en ese preciso momento cuando supo qué estaba buscando en el Camino de Santiago y qué es lo que pediría al apóstol cuando se postrara ante él en el pórtico de la Gloria: Iluminación. Luz interior que alumbrase su camino, como alumbraba la oscuridad de esa iglesia.

Con gran emoción, Estrella escuchó una voz en su cabeza que le decía: “Y las puertas se abrirán” Al mismo tiempo, una mujer le dijo a sus espaldas:

- ¿Quieres pasar?

- Sí, me gustaría –respondió ella- pero la puerta está cerrada.

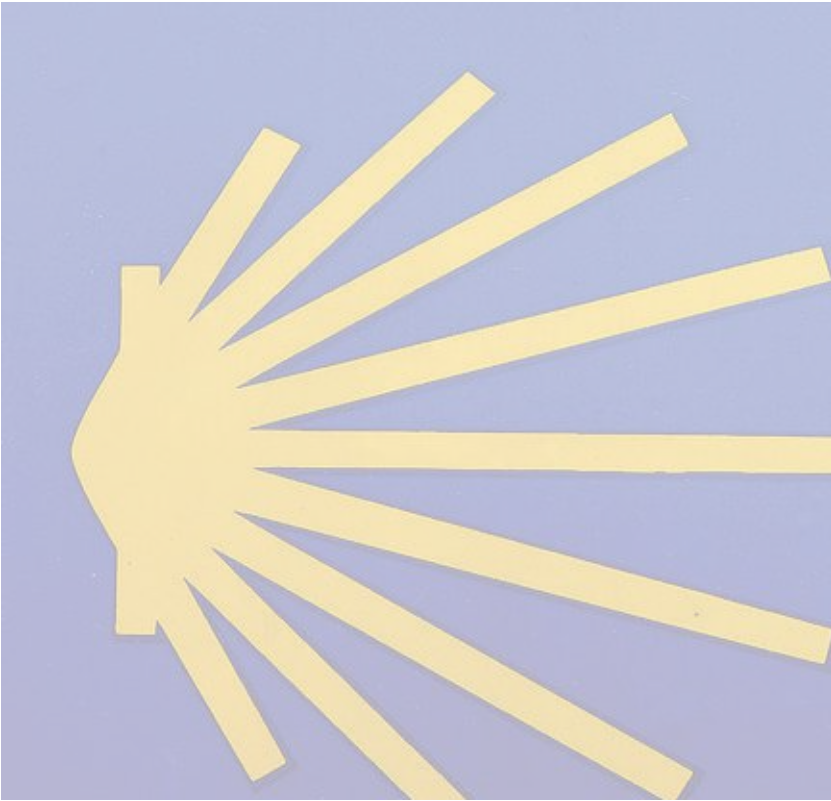
- Yo tengo la llave –dijo la mujer sonriendo.

Al abrir las puertas, Estrella pasó dentro y se acercó a la imagen del Cristo, mientras la luz le bañaba el rostro cubierto de lágrimas. A la derecha, vio el cáliz del milagro y una preciosa talla románica de la Virgen y el Niño.

No supo decir cuánto tiempo permaneció allí sola, porque todo lo vivido en esos momentos pertenecía a otra dimensión distinta. Al salir de la ermita de Santa María la Real, ya no era la misma persona.

Con su mochila a cuestas, emprendió nuevamente su marcha por el Camino de Santiago. Ahora ya sabía qué estaba haciendo allí y, además, acababa de descubrir que su nombre era presagio. Porque ella era una de las muchas estrellas que conforman la ruta mágica y milenaria. Por fin había encontrado su Camino.





¡BUEN CAMINO!

¿Buscaba a Dios? Puede ser que fuera la razón de iniciar mi camino. Después de tantos viajes por todas las partes del mundo, tantos sitios conocidos, placeres disfrutados y tanta gente con la que he tenido ocasión de hablar y convivir, sentía dentro de mí algo parecido a un vacío. Una especie de hueco en la boca del estómago. Nada parecía llenar ese hueco. Vi esa especie de guía y me dije, ¿por qué no?; y aquí estoy. Llevo ya más de doce días desde que salí de casa. No parece que el hueco desaparezca, a lo mejor es pronto; pero de lo que estoy seguro es que no necesito tantas cosas para vivir. Aquí con poco es suficiente. Te fijas en la gente y ves a muchos que llevan menos que uno mismo, y a pesar de ello te ofrecen lo que tienen por si necesitas algo. Resulta curioso. En mi vida normal durarían un suspiro. Espero que el tiempo no empeore, porque no estoy acostumbrado ya a las inclemencias del tiempo, ...

...Yo no hago el Camino, vivo en el Camino. Cuando llego al final regreso al principio. Te parecerá una locura pero es una forma de vivir como otra cualquiera. Ves gente de toda condición, de cualquier parte del mundo. Te hablan en lenguas raras, ya voy conociendo algunas no te creas, francés, inglés, alemán, holandés y alguna otra por ahí. El trato con las personas me gusta. Para vivir hago trabajos en los sitios donde llego. Unas veces de camarero, otras ayudo en el campo o con el ganado. Para comida y vestido no te falta. Aseo y dormir, en los albergues...

...Cuando salí de Alemania, dejé a la familia, los amigos y a mi novia. Dejé el trabajo y decidí comenzar a caminar. El destino lo tenía claro: Santiago de Compostela. Tal vez fue el sitio más lejano que primero se me vino a la mente. Tal vez mi necesidad de cambiar mi vida se viese inspirada por algo sobrenatural. Como por ejemplo el milagro de que entiendas lo que te digo. Yo, que solamente hablo alemán, estoy consiguiendo que me entiendas hablando en español, será obra del Espíritu Santo tal vez...



...No recuerdo siquiera cuándo empecé a hacer el Camino. Ya llevo una docena de veces. He recorrido casi todas las rutas viejas. El Camino Francés va por la tercera vez que le he recorrido completo. Los mejores albergues están en la Rioja. Lo sé todo del Camino. Pregunta lo que quieras. Cuando llego a Santiago, siento pena porque ha terminado el viaje. Regreso a mi casa y comienzo a planificar el siguiente...

...La lluvia lleva sin dejar de caer más de una semana. Desde que entramos en la provincia de Burgos no ha parado de llover. Por la cabeza vagan un asunto tras otro, sin fijarse ninguna idea en concreto. Amigos, amor, familia, trabajo, futuro, pasado, presente, bien, mal, y todo cuanto podáis pensar o soñar; el agua no deja de caer. Todavía me pregunto qué hago yo aquí, calándome hasta los huesos. Tiritando y con frío. Pero no puedo evitar seguir caminando. Cuando a la noche llegue al albergue, cuando esté seco y caliente, empezaré a programar el día siguiente. Visitaré la iglesia de Santiago en Villadangos que dicen que es muy interesante. Y mañana seguiré caminando no sabiendo muy bien la razón pero compelido a hacerlo, a pesar de la lluvia, del dolor de mis pies ya cansados...

...Yo no voy a Santiago, voy hasta Finisterre. El Camino es un invento de la iglesia. Lo que existen son las fuerzas telúricas. Yo recorro las partes de la Tierra donde estas fuerzas se encuentran presentes. Lo de la religión no es cierto, aprovecharon una ruta que existía y se inventaron lo del apóstol. Sólo la fuerza de la naturaleza es la que verdaderamente existe...

...¿Me buscaba a mí mismo? Las preguntas se agolpaban en mi cabeza. Intentaba caminar solo siempre que podía. Me limitaba a sonreír únicamente a los que me dirigían la palabra. Casi que evitaba el contacto humano. Necesitaba estar solo. Rodeado del "silencio de las palabras", tan solo los ruidos naturales. Encontrar un sentido a mi vida. Orientar mi existencia a partir de mi propia persona...

...¿Quién me mandaría a mí elegir a la morena? La rubia hubiese sido mejor elección, pero este cuerpo bien vale un sacrificio. Había escuchado lo de: "... que en el pecado va la penitencia." Pero no sabía yo esto de pasar la penitencia antes de hacer el pecado. ¡Qué cuerpo! Esos ojos verdes sobre la cara tan pálida, y el pelo largo y negro. Seguro que merece la pena cuando terminemos el Camino, porque hasta ahora, cuatro piquitos y un par de castos abrazos. Pero cuando estemos de vuelta lo pasaré bien...

...Cuando todo en la vida te marcha bien es el momento de dar gracias a Dios, al menos eso pienso. Por agradecer que todo está a mi gusto, decidí hacer como penitencia el Camino hasta Santiago de Compostela. Era la mejor forma de agradecer al Creador los dones con los que colmaba mi vida. Atrás había quedado la enfermedad tan grave de mi mujer. Mis hijos habían podido rehacer sus vidas, al menos de una manera más normal, sin tanto sobresalto. Había recuperado un trabajo, que tanto necesitaba. No había duda, era el momento de agradecer lo recibido...

...No porque veas a una vieja inglesa, vayas a pensar que soy una protestante. Allí también hay católicos. Tenía ganas de hacer el Camino desde mi juventud, pero por unas razones o por otras, nunca pude hacerlo. Ahora ya con mis sesenta y algún años, ha llegado el momento. Lo peor que llevo es lo de la comida. Necesito poco, pero hecho de menos un buen sándwich y un té. La ventaja es que cuando nosotros paramos a comer, la mayoría está haciendo otras cosas. Resulta curioso observar el comportamiento de todos los peregrinos. ¡Tantos millones de personas han realizado el Camino durante tantos siglos! Distinguir a los españoles resulta fácil, antes de que hablen, sólo por el ruido que hacen...

...Andar y observar. Plantas, paisaje, cielo y nubes. Todo parece a la vez nuevo y sin embargo conocido; diferente y a la vez familiar. Pájaros, el ruido del agua, mi jadeo al caminar, mis propios latidos, todo me resultaba más intenso. Colores, sonidos y olores. Miraba el cielo azul, pues el tiempo seco y despejado me acompañó durante todo el recorrido. Los cantos de las aves, completaban el murmullo del agua en los regatos que junto al sendero discurrían, como guiando al peregrino. Y envolviéndolo todo la luz y la paz. Se podía sentir al caminar...

¿Por qué has hecho el Camino?, me preguntó mi amigo al regresar. No supe qué responder. Espero que lo anterior pueda servir en parte de respuesta. En cuanto a mi porqué todavía lo estoy buscando, ¡buen Camino!

Fabio LÓPEZ



SI YO FUERA PEREGRINO EN ARÉVALO...

Si caminara desde Gotarrendura a Arévalo, lo primero que haría al llegar sería preguntar por el albergue municipal. Me dirían que no existe y, si encuentro alguno más informado, me diría que están pensando en adaptar una casa cerca del arco de Santa María, pero a la postre tendría que ir a un hostel u hotel cinco o diez veces más caro que los albergues.

Bueno, llego a ese hostel, me aseo y me preparo para comer; pregunto al hospedero dónde hay un restaurante con menú del peregrino, cosa muy común en el Camino de Santiago y en otros sitios. Consiste en una oferta de varios platos para el primero y otros para el segundo, incluyendo pan, bebida y postre por unos 10 Euros. Voy a imaginar la respuesta:

- Por ese dinero no le dan a usted ni unas sopas de ajo.

Y yo ¿qué hago?, pues deambulo y entro donde aprecie que hay algo similar y me conformo. No hay otra solución, a no ser que compre una barra de pan y me haga unos bocadillos.

Después de comer trato de descansar un rato, pongo en orden mis apuntes de viaje, consulto lo que puedo ver en Arévalo y me lanzo a la calle. Hay una iglesia abierta, la de Santo Domingo; entro y medito un rato (siempre puedo pensar cómo organizaré mi vida, cómo ver las cosas más positivamente, cómo...) Después de hacer una oración recorro la iglesia y admiro su reja, su Virgen de las Angustias, me quedo parado ante el San Francisco y el San Victorino... En ese momento aparece un sacerdote, al que me dirijo y me habla de otras iglesias, arcos, murallas, castillo.

Como me puede acompañar un poco, visito Santa María, que me llena de asombro con esas caras pintadas, ese artesonado, ese Pantocrator con sus tetramorfos y sin perder el tiempo me lleva a San Miguel, que es como un gran salón de una sinagoga con un retablo sobre el Arcángel precioso, donde cuenta milagros del mismo.

Se despide y yo me voy dando un rodeo hasta el castillo, que según leí, había cobijado a la propia Isabel la Católica. Admiro la situación en cuña entre los dos ríos... Así voy pasando la tarde lenta y pausada. Me pregunto qué otros personajes ilustres vivieron y vienen a mi mente Moshe de León, el Mancebo de Arévalo, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz e imagino a todos estos caminando por esta villa en sus aljamas judías o en sus calles moras o en su palacio de Juan Velázquez de Cuellar, o en su modesta casa de la Plaza de San Pedro como San Juan o en unas casas cerca del Arco de Santa María como Santa Teresa.

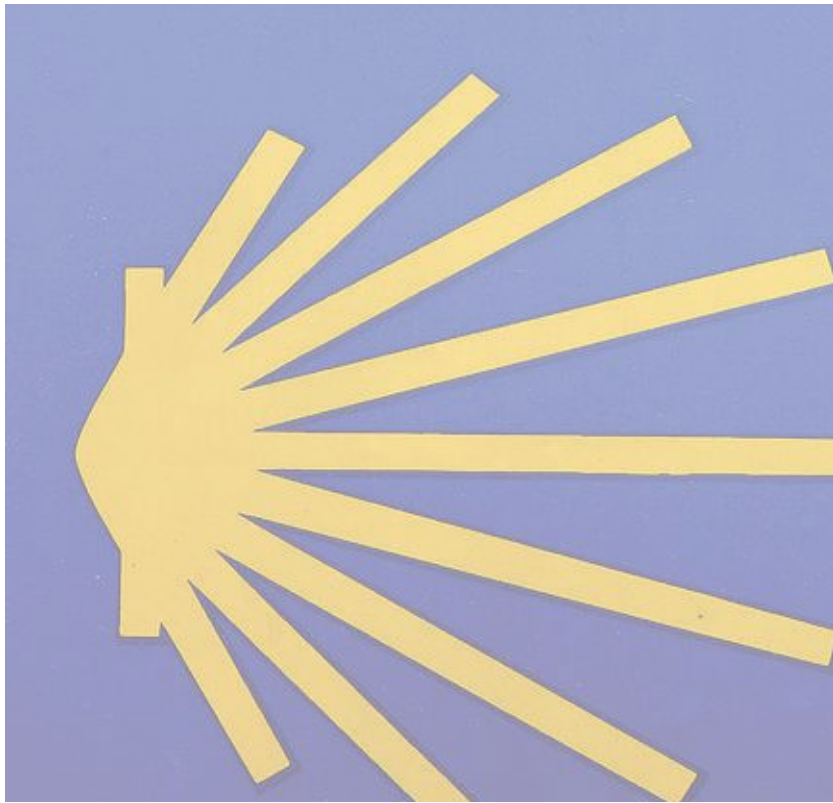
Y no me puedo olvidar de Fray Juan Gil que rescató a Cervantes, ni de Eulogio Florentino Sanz, ni de Nicasio Hernández Luquero... Y así llego a la plaza de la Villa, donde quedo impactado por las Torres Gemelas de San Martín.

Está abierta, pues hay una exposición que recorro con calma.

Ya me voy cansando; así que decido volver al Hostal, y de paso cenar algunas tapas o pinchos por los bares de la plaza del Arrabal. El peregrino se retira pronto, pues la hora del amanecer llega enseguida y debo seguir mi Camino.



Esteban Monjas Ayuso



La Alhóndiga de Arévalo
Asociación de Cultura y Patrimonio

Junio de 2010
Año Jacobeo